



Sarmiento y la biografía de la barbarie

Adriana Rodríguez Persico

Se llama enseguida al rastreador que ve el rastro, y lo nuestro sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible.

D.F. Sarmiento

Contra la peste que es mezcla, la disciplina hace valer su poder que es análisis.

M. Foucault

Una investigación

Desde el exterior, Sarmiento ejerce el oficio de escribir para proponer un modelo cultural que sea el sustrato de la comunidad política. Examinando distintas culturas, trenza conexiones y diferencias, transita geografías, relaciona esferas, interpreta historias y zurce, finalmente, los retazos. Así, da origen a un modelo configurado en torno a la suma de los elementos significativos encontrados.

Cada texto diseña uno o varios pedazos de un mundo en que se perfila la identidad nacional. Cada texto interroga, de alguna manera, esta problemática que se plantea bajo la forma de un enigma: ¿cómo y dónde descubrir las pistas que conduzcan a construir la identidad?

El objetivo orienta el desenvolvimiento de una escritura que funciona como máquina de desciframiento. La escritura se aboca sin cesar a detectar las huellas dispersas, las conecta en su espacio y repone las carencias que presenta una realidad concebida como caos. En resumen, hace legibles los detalles en que reparan unos pocos: ordena, interpreta y llena baches de información.

La identidad nacional se delinea en el camino gradual hacia ese modelo cultural futuro. Para llegar a él, se torna imprescindible superar etapas o, lo que es lo mismo, eliminar el orden de los particulares que caracterizan al contrario. De esto se ocupan las biografías de caudillos: *Facundo o civilización y barbarie*, *El general fray Félix Aldao* y *El Chacho. Último caudillo de la montonera de los Llanos*. La identidad de la barbarie se reduce a dimensiones antropológicas: en ella el sujeto es un aleph cuya focalización revela todos los ámbitos de la realidad.

El género pone en escena cómo se construye la identidad del otro en las relaciones entre lo individual y ciertas instancias colectivas. Los sujetos que optan por la aceptación o el rechazo de la legalidad institucional eligen en el mismo acto su devenir como miembros de una comunidad.

Pero para despejar el enigma de la identidad es preciso partir de una serie de oposiciones binarias —los textos enfrentan razón y sinrazón, ley positiva a ley consuetudinaria, pensamiento a cuerpo y corrección lingüística a adulteración del lenguaje— que, en rigor, confeccionan un sistema de juicios morales y señalan el origen de las divisiones. Sin embargo, las dicotomías afectan sólo a las acciones o características subjetivas que involucra consecuencias políticas: hay, en efecto, otros espacios «liberados» donde proliferan las variaciones y las contradicciones.

El relato de una vida coincide con el relevamiento histórico de un período y la degradación individual contiene la decadencia de formas sociales anacrónicas. La biografía narra la historia nacional actualizando permanentemente el recurso de la sinécdoque: Quiroga, Aldao y Peñaloza anudan las épocas de apogeo y declinación de las montoneras. Si la biografía literaturiza en el individuo la categoría de la barbarie, la autobiografía lleva primer plano a un sujeto ejemplar que sintetiza la categoría de la civilización.

Desde la autobiografía puede leerse la producción íntegra de Sarmiento. Uno atrapa la posición del enunciador no bien se apela al punto de vista descentrado. Concretando: cuando Sarmiento escribe las biografías, su posición, de una manera u otra, es la de un excluido del sistema sea ya por el endurecimiento del régimen federal ya por el creciente desentendimiento con Mitre. (Ciertos datos permiten fechar la escritura de *El Chacho* hacia 1865, fecha en que se desempeñaba como ministro en Estados Unidos.)¹

Así, la relación conflictiva entre sujetos e instituciones que Sarmiento coloca del lado del mundo del otro remite también a la relación personal; respecto de las instituciones el exiliado es siempre un marginal. Se trata, en última instancia, de una defensa. Ponerse a resguardo de las acusaciones federales o clarificar su intervención en la muerte del caudillo riojano. En cualquier caso, el-exiliado es el ilegal para los otros. La biografía de la barbarie cuestiona el sistema del otro —lengua, cultura, costumbres, leyes, formas políticas— para convertir la legalidad que pertenece al otro en ilegalidad.

El narrador detalla las carencias de las que adolece el mundo opuesto pero el exiliado es también un ser carente. En el presente no tiene suelo, ni historia y, a menudo, tampoco tiene lengua. Porque hay un hueco fundamental, escribir realiza el deseo de suprimir o corregir el presente, de restablecer las presencias de la patria lejana.

Si al exiliado le falta la patria, el otro carece de razón. El par razón-sinrazón se multiplica y extiende tramando una red de homologías destinadas a cambiar el *estatuto jurídico* del otro. Las cuestiones políticas se deslizan hacia el plano de la ética. El atributo *bárbaro* se prolonga, se ramifica en una cantidad de conceptos análogos: anormal, violento, confuso, desobediente, bajo, irracional, inútil, fanático, anárquico, individualista, primitivo y *malo*.

La homología juega un papel de nivelación y confusión de planos, mezcla valores disímiles y preserva veladamente la función combativa de la escritura. Penetra por entero en la sociedad, poniendo en contacto lo privado con lo público, y además le ofrece al

¹ En carta del 6 de agosto de 1865 a Aurelia Vélez, Sarmiento dice que piensa agregar un «complemento» al *Facundo* en el que aclararía su intervención en la guerra contra las montoneras. En otra carta del 7 de marzo de 1866 a Mary Mann, Sarmiento le comunica que ha terminado la vida del *Chacho*.

narrador su coartada: la biografía de la barbarie se presenta como la investigación y reconstrucción de un *crimen*.

El momento del acto delictivo se encuentra en la deserción o en la desobediencia a ciertas instituciones. Se sabe: la transgresión a las normas institucionales convierte en marginales a los individuos. El ilegal no sólo se coloca fuera de la sociedad; porta también el estigma de la criminalidad. Entonces, el verdadero excluido, que es el exiliado, arroja el anatema a los adversarios, con lo cual pasa de «reo» a «juez», de «imputado» a «juzgador».

En su afán por imponer una óptica moral, la biografía realiza una investigación pormenorizada de la zona enemiga: deslinda jurisdicciones; marca límites entre componentes redimibles y condenables; separa y califica las acciones; individualiza y jerarquiza a los sujetos.

Toda biografía pone en marcha una investigación. El seguimiento detallado de las etapas de una vida se orienta a la dilucidación final, instante en que los fragmentos se unen para completar el sentido. Para Sarmiento, las pistas están diseminadas en los dos elementos que definen la barbarie: el cuerpo y la lengua.

La interpretación del cuerpo y del lenguaje desvanece, por un lado, el misterio que es la característica del otro. Pero, por otro lado, la coartada refuerza sus alcances en la medida en que echar luz sobre el enigma permite restituir el orden perturbado decidiendo la forma del distinto por defecto o por exceso: a la falta de racionalidad se suma un excedente pasional. La actividad interpretativa arranca al otro su cultura. El despojo distorsiona los valores originales de la cultura diferente; el distinto asume así el modo de lo deforme al tiempo que la cultura propia exhibe una conformación adecuada.

El seguimiento de las pistas que guían al narrador hasta el acto criminal muestran la enormidad del delito. En la versión sarmientina, el crimen resulta doblemente monstruoso porque en lugar de un cadáver y un móvil tendremos el cuerpo social asesinado y la gratuidad del acto, lo que lo vuelve aún más irracional.

Sarmiento se convierte en Calíbar. La figura del rastreador tiene mucho de detective. El pasaje de *Facundo* en que aparece el personaje ofrece el microrrelato que expandirán las biografías. Aunque imperceptibles, las huellas permiten al ojo avisado reconstruir la historia entera. El perseguido es siempre un reo y el perseguidor, un justiciero que trata de llegar al origen del delito.

Cada relato se genera a partir de un enigma descubierto a priori. La investigación no se desarrolla linealmente: por el contrario, gira en círculo puesto que las pistas conducen a la revelación de algo ya conocido: el caudillo es el criminal.

La investigación avanza en una dirección única. Si la premisa del actamiento a las instituciones preexiste, la biografía de la barbarie desplegará una serie de cláusulas de legitimación o ilegitimidad que pondrán en evidencia cuáles son los instrumentos aptos para someter al enemigo.

En Sarmiento el plano de la fundamentación abstracta se cruza permanentemente con un trabajo concreto que ejemplifica las bases teóricas. La biografía se apoya en una concepción del mundo que opera con pares binarios: orden versus caos. Esta concepción ancla en un centro que examina las relaciones jurídicas entre las instituciones y

los sujetos. La única manera de minar el dominio de las leyes del otro y reivindicar la legalidad propia es negar los fundamentos de esas leyes. La legalidad del poder proviene del mandato del pueblo o de un mandato moral que revierte en reclamo o apelación al derecho natural. Este no deriva de la voluntad de la mayoría, sino de una instancia superior. Sin necesidad de acudir a la ratificación de la comunidad, Sarmiento demostrará en la biografía que tiene a su favor el derecho y las leyes naturales, es decir, la razón.

Desde su lugar marginal, acusará a los adversarios de apartarse de estas leyes escritas en la naturaleza. La infracción a un orden determinado se iguala con el delito de subversión social; conlleva un ataque a la sociedad entera. Los textos manifiestan la ilegalidad del sistema del otro transformando a los *enemigos políticos* en *delincuentes* al tiempo que recalcan la legalidad de una postura enunciativa que se basa en principios inmutables.

Sarmiento cumplió al pie de la letra la orden del gobierno nacional que le pedía quitar el carácter de guerra civil al accionar de las montoneras². En la realidad, la tarea la culminó con la ejecución brutal de Peñaloza degradado de su rango y ajusticiado como un bandido. En la literatura, amplió esa imagen al convertir la historia de ciertas formas socio-políticas en la historia de un sistema delictivo.

La biografía aplica una lógica sintética que descubre en el sujeto una cantidad de categorías (políticas, sociales, económicas, jurídicas, psicológicas, históricas y morales). Su eficacia consiste en puntualizar que de ellas, la única redimible es el rasgo caracterológico de la violencia.

La barbarie es un cuerpo guerrero y un lenguaje confuso. Pero si algunos cuerpos pueden ser neutralizados y, por consiguiente, incorporados al campo propio, otros deben ser eliminados y el lenguaje del otro, sin excepción, rectificado y aniquilado.

Si nos detenemos en lo mínimo, en lo que está aludido, elidido o dicho al pasar daremos cuenta de una constante en la producción sarmientina: el espacio textual está en relación inversa a la importancia otorgada a un elemento específico. En la biografía las reflexiones acerca del lenguaje del oponente son relativamente breves.

La brevedad está acompañada por la descalificación. Creo que la impugnación del lenguaje enemigo proviene del hecho de que ese lenguaje retorna y duplica los universales expresados por la lengua propia. Porque ambos discursos resultan paralelos e idénticos, es posible leer en las acusaciones mutuas una lucha por el dominio de los universales.

La autonomía política y la unidad lingüística tienden a nivelar los poderes en pugna. Por eso, contra la autonomía y la unidad que amenazan con instaurar la igualdad de los términos antagónicos, la biografía de la barbarie levantará la subordinación, la división y las diferencias.

² Mitre fraguó la política a seguir contra Peñaloza. En sus instrucciones a Sarmiento —abril de 1863— dice «[...] declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo [...]». Transcrito por F. Chávez, Vida del Chacho, *Theoria*, «Tierra en armas», Buenos Aires, 1967, pp. 72-73.

«¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!»³. El objetivo primario de desentrañar la historia nacional se alarga en otras historias. Los tres textos confeccionan un sistema correctivo que usa como soportes a las instituciones y a la lengua para rectificar el cuerpo y la lengua del otro. Los tres reconstruyen una historia de transgresiones; la investigación permite revelar el origen de las desviaciones y enderezarlas.

Creo que todas estas pequeñas historias son, finalmente, variantes de una historia mayor que recorre la producción de Sarmiento. Me refiero a la historia de un orden cuya función es situar y sitiar al adversario.

Subordinación de las instituciones

El acto de transgresión precipita al sujeto en la carrera criminal. Facundo deserta del regimiento de Arribeños; Aldao se separa del Ejército de los Andes; el Chacho se alza contra el gobierno nacional. Aunque Sarmiento se muestra siempre preocupado por establecer las causas, las esquivo en esta ocasión. Si para Aldao la causa es exterior —el ejército se disuelve dejando «huérfano» al personaje— y Facundo se desgaja movido por su idiosincrasia rebelde, la desobediencia del Chacho queda sin justificación: «[...] por motivos y con objetos que él mismo no sabría explicarse, se lanzó sobre Tucumán [...]»⁴.

Sarmiento reflota en la biografía el viejo conflicto político de la *autonomía* y de la *dependencia*; se revela partidario de un unitarismo a ultranza; el caudillo debe subordinarse o desaparecer. Inversamente a su contemporáneo Alberdi que preconiza el cambio de las costumbres como paso previo y necesario al cambio institucional, Sarmiento enfatiza la efectividad de una autoridad coercitiva que imponga la ley desde arriba y desde afuera.

¿Cuál es la opción discursiva para resolver el problema político? Primero, poner en el enemigo todo lo que se considera irracional. Luego, explicar las vías de canalización de las energías del otro para que resulten aprovechables. La biografía maneja un concepto de uso de la fuerza útil del adversario: postula que lo irracional no es bueno o malo en sí mismo; existe, más bien como dato empírico. Pero —he aquí el tercer paso— la descalificación moral surge no bien hay una elección política. El juicio moral negativo deriva directamente de esta opción. El momento de desertión respecto del sistema propio parte en dos a la vida y al relato.

La noción de uso rige también en la postura del enunciador en la medida en que utiliza argumentos éticos para discutir problemas políticos. A la imagen del narrador-rastreador se agrega la del narrador-juez. Pero un juez sumamente parcial puesto que el mismo acto arrastra el elogio para unos y la denostación para otros. No es cuestión de objetividad sino de posición subjetiva: matar *dentro* o *fuera* de las instituciones.

³ D.F. Sarmiento, Facundo o civilización y barbarie, *Sopena, Buenos Aires, 1960, p. 5.*

⁴ D.F. Sarmiento, El Chacho. Último caudillo de la montonera de Los Llanos, O. C., t. VII, *Edit. Luz del Día, Buenos Aires, 1949, p. 308.*

Las instituciones fiscalizan las fuerzas individuales. El gaucho es educado dentro de los límites institucionales; dentro de ese marco es posible una línea evolutiva. Dicho de otro modo, la única vía de progreso para el sujeto gaucho reside en el acatamiento.

La educación de los niños y la educación de los gauchos se sustentan en el mismo principio de *obediencia ciega*. Su instrumentación permite anular las fuerzas improductivas y aprovechar las fuerzas útiles.

La utilidad nace del acuerdo con las normas institucionales. Por eso la biografía sigue paso a paso los usos que hacen los caudillos de esas fuerzas. Lejos de homogeneizar, dictamina en cada momento qué es útil o inútil. La utilidad política de los atributos del otro los moraliza mientras que reserva un carácter negativo para las mismas propiedades que caen fuera de la jurisdicción institucional.

El narrador que recorre las huellas —el cuerpo del delito— ve en ellas el plan del contrario. Controla no sólo sus movimientos; estudia también sus intenciones ocultas y la posible o imposible evolución del sujeto biográfico.

El sujeto gaucho adquiere legalidad olvidando su identidad, adoptando una cultura prestada. Para obtener la ley es necesario dejar de pertenecer a un mundo, salirse de un orden para penetrar en otro. Las instituciones juegan el papel de mediadoras. La constitución de la identidad respecto de una instancia exterior reaparece en *Recuerdos de provincia* pero con sentido contrario: la afirmación de la identidad se consolida en la lucha contra ciertas estructuras despersonalizantes (iglesia, gobierno).

La biografía despliega las condiciones de ingreso en el mundo ajeno; presupone la *subordinación* total a las leyes que dominan en este mundo. El principio de subordinación constriñe a cada componente del mundo textual: lengua, cuerpos, instituciones.

Sarmiento otorga a los caudillos algunas virtudes y un sinfín de bajezas; pero los rasgos positivos —coraje, don de mando, liderazgo natural— se oscurecen en el instante de la transgresión. Este exceso anómalo que interrumpe y perturba el orden de las cosas puede ser encauzado por dos instituciones: *ejército y familia*. Una institución pública y otra privada para vigilar la vida entera del caudillo: «Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos que principiaron su carrera desde el humilde puesto de soldado»⁵.

El ejército para Facundo; el ejército y la familia para dominar a Aldao. Ambos contienen en su sistema disciplinario la posibilidad de que el «gaucho valiente» sofoque al caudillo. El instrumento de readaptación serán las tácticas disciplinarias ejercidas sobre el cuerpo. Pero Sarmiento irá más lejos: si compete a determinadas instituciones ceñir las fronteras de las acciones, otras se ocuparán de lo verbal; la lengua propia institucionalizada precisará el lugar secundario del lenguaje enemigo.

El interés que muestran los regímenes políticos por la familia —aún cuando postulen modelos distintos— revela el rol que se le da como dispositivo neutralizador de gérmenes de rebelión.

⁵ Facundo, p. 79.

Como institución, la familia se configura en el punto de cruce de las relaciones entre la esfera privada y la esfera pública. En su centro los valores internos se compatibilizan con las normas sociales externas. Una incorporación adecuada de las exigencias sociales a los valores propios desvanece la heterogeneidad que afecta a las normas que provienen de afuera. La familia refuncionaliza las imposiciones sociales transformándolas. Resulta así un espacio donde se condensan la totalidad de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Sarmiento insiste a menudo en la correlación existente entre la organización doméstica y la organización del país: «La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes»⁶.

El aparato político sabe que lo que sirve para el desarrollo de la sociedad puede aprovecharse en beneficio del aumento del poder estatal. Por esta razón, la familia aparece siempre, a pesar de los cambios y las variables históricas, como el lugar de emergencia de nuevas técnicas de regulación. La mirada atenta de cada uno de los miembros sobre los restantes establece un régimen de normalización que se autorregula y que dispone la rápida intervención allí donde exista la posibilidad de cualquier desvío.

En esta línea, la misión primera de la familia resulta ser la educación de individuos «morales» y «honorables». Esta tarea es concomitante con la otra que le encarga solapadamente el Estado: el individuo moralizado es además —o ante todo— un individuo normalizado, un sujeto útil para la sociedad. Así en el seno de la familia los principios socializantes se sobreimprimen a determinados imperativos económicos y políticos. El sujeto adaptado o integrado es aquel que renuncia a los deseos de autonomía en favor del acatamiento a un orden que lo precede y que preexiste.

En la medida en que las instituciones se tornan factores moralizadores, Sarmiento les otorga la capacidad de reformular su misión dentro del orden social. Claro está que su carácter eminentemente ético anula cualquier riesgo político.

El narrador consigna el pasado y el presente familiar de los caudillos. El común denominador se registra en la insubordinación a la autoridad paterna: Facundo golpea a su padre; Rosas crece apartado del afecto doméstico porque su padre lo destierra; Aldao es destinado a la vida sacerdotal desde temprano para enderezar sus inclinaciones torcidas. La actitud rebelde respecto de los padres se prolonga en acciones violentas hacia la mujer y los hijos, aunque a veces, los esposos irascibles se convierten en padres solícitos.

Sarmiento describe una genealogía de las relaciones de parentesco en la que puntualiza la ruptura de un linaje; en otras palabras, la deserción de la institución familiar; Quiroga y Aldao proceden de familias «decentes» —una acaudalada, la otra pobre. Estos dos caudillos rechazan los bienes simbólicos transmitidos por la institución; al desconocer lazos naturales ratifican su esencia subversiva.

⁶ Op. cit., p. 34.

Rosas se inscribe en la tradición familiar acrecentando los bienes simbólicos recibidos. Su familia prefigura y determina las características atribuidas a don Juan Manuel. El texto satura al personaje, lo atraviesa con el legado español haciéndolo el producto más acabado de esa tradición (la rigidez materna se corrompe en crueldad en Rosas y obtiene en Manuelita un instrumento eficaz de delación).

La biografía del Chacho presenta a un desclasado, sin origen, sin linaje, sirviente de un cura e iletrado.⁷ Peñaloza carece de los bienes positivos que transmite la familia —nombre, clase, cultura—; la versión sarmientina lo dota de otro «padre» que le da por herencia el bien simbólico negativo de la religión.

Señas particulares de Peñaloza: individuo sin campo social de pertenencia. Basta recorrer las páginas de la biografía para comprobar que su situación en el interior de la sociedad está invalidada por la práctica del bandolerismo, práctica que coloca a los sujetos que la ejercen en la posición de enemigos públicos. El texto escamotea todo dato que informe sobre el lugar peculiar de un caudillo que peleó con los unitarios contra Rosas y que, como general de la República, desempeñó numerosas misiones pacificadoras como mediador del gobierno nacional.

La familia que presenta Sarmiento contiene un núcleo despolitizado y opera como dispositivo despolitizante. Por eso Victoria Romero, la compañera de Peñaloza que lo seguía en las batallas y empuñaba la lanza como un llanista más, aparece aludida fugazmente: «Mostraba más inteligencia y carácter que él».⁸ La mujer oficia de puente entre los dos opuestos. En rigor, su verdadera tarea consiste en lograr la retracción de la vida pública: al integrar al rebelde al ámbito privado, la mujer se convierte en el mejor vigía del orden establecido.

Este tipo más sutil de represión opera sobre los sentimientos convirtiendo la política en algo doméstico: encerrar en las paredes del hogar lo que emerge como peligroso porque nó es dominable. Siendo originalmente la mínima organización política, la familia diagrama un espacio neutro. La autoridad afectiva que emana de la institución traza las líneas apropiadas para resolver el conflicto político concreto. Asegura la conservación de un orden desligándose de toda acción política y enfatizando la misión de integración social.

Los componentes de la familia activan el traspaso de la autoridad feudal del caudillo de la esfera pública a la esfera privada. (Facundo es el «padre de los peones», el Chacho cobija en sus tierras a los perseguidos por la otra justicia.) La institución actúa como brazo de la intervención exterior: el objetivo de desarmar las amenazas montoneras se muta en un problema afectivo al pasar al interior de la familia. Así, funciona a la manera de una escuela en miniatura: educa reemplazando la rigidez de la ley por las caricias de los parientes.

⁷ En la Vida de «El Chacho» que se publicó en el diario *El Argentino de Paraná* durante noviembre de 1863, Hernández rastrea el origen del caudillo. «Peñaloza no fue jamás un hombre oscuro. Perteneció a una de las más antiguas, como de las más notables familias de La Rioja, y la que ha contado y cuenta entre los suyos personas muy respetables». Texto recogido por A. Pagés Larraya, *Prosas del Martín Fierro*, Edit. Raigal, Buenos Aires, 1952, pp. 151-183. Chávez incluye en su libro un trabajo de César Reyes que detalla la genealogía de Peñaloza.

⁸ *El Chacho*, p. 289.



El baile del «cielito» (dibujo anónimo del XIX)

Instrumento eficaz del poder externo, la familia despliega una serie de estrategias para demoler la resistencia y el poder paralelo del caudillo: demuestra cómo cortar de cuajo la vida nómada del gaucho sin que medie alguna instancia de represión descubierta. En síntesis, sirve al doble fin de sacar de la escena política un factor de poder y sustituir el espacio de la autonomía política por el de la autonomía doméstica: «El juez es naturalmente algún famoso de tiempo atrás a quien la edad y la familia han llamado a la vida ordenada».⁹

Las instituciones influyen de manera decisiva en el proceso social mediante la utilización de un conjunto de contenidos que se transmiten de generación en generación. La operación de selección de algunos contenidos que son calificados de «tradiciones auténticas» deja afuera otros que no convienen a ciertos intereses específicos: su enseñanza tiende a la socialización que es un modo particular de incorporación.

Al privilegiar determinadas tradiciones en detrimento de otras, las instituciones dan coherencia a una versión del pasado en la que entrevén principios rectores del presente así como líneas de continuidad para el futuro. En manos de las instituciones que las difunden esta reserva social conecta pasado, presente y futuro.

En la biografía de la barbarie el ejército es depositario de las tradiciones de Mayo. Sarmiento le otorga dos funciones claves: difusor ideológico y centro viviente de los postulados revolucionarios y unificador político. A falta de autoridades nacionales constituidas, ese valor está puesto en la institución. El ejército que emerge primero como grupo de referencia, instancia social a la que adhieren los individuos voluntariamente, conforma también un factor de presión que actúa sobre el enemigo quitándole las iniciativas.

Hay en el género una increíble supervivencia de la historia de la patria preservada por la institución. El ejército resguarda los intereses colectivos y es el brazo armado de los ideales de Mayo. Cuando Sarmiento opone al ejército nacional los ejércitos provinciales atará el nudo cuestionador en torno al accionar por motivos particulares. La operación precipita al otro en la ilegalidad puesto que la legalidad arraiga en la preocupación por la colectividad. Los textos insisten: los caudillos hacen su propia revolución movidos por un espíritu anárquico.

Si confrontamos las palabras tendremos, por lo menos, el centro del debate, la lucha por apropiarse y reclamar para sí las tradiciones de Mayo. Basta recorrer las páginas escritas por algunos jefes provinciales para comprobar que los ideales eran compartidos por ambos bandos; basta escuchar la voz de Peñaloza para interiorizarse en la contienda ideológica: «[...] la sangre argentina debe economizarse, como los frutos de una paz verdadera y benéfica para todos; lleváis la enseña de la ley, del venerado Código de Mayo».¹⁰ Basta leer la fórmula con la que los gobernadores federales encabezaban la

⁹ Facundo, p. 57.

¹⁰ Citado por D. de la Vega Díaz, Mitre y el Chacho, *La Rioja*, 1939.

correspondencia oficial para concluir que los caudillos se consideraban en una línea de continuidad respecto de 1810.¹¹

En esta pugna por las tradiciones, la biografía es el género que consigna las tradiciones rechazadas mientras que la autobiografía recoge las tradiciones aceptadas.

Pero esta fetichización del ejército conduce a una militarización total de la escritura. El código militar es una fuerza de irradiación que regula cada fragmento del mundo textual. Las normas institucionales derivan en una lógica de subordinación que rige las relaciones sintácticas y semánticas de los relatos.

Bajo los juicios morales harto evidentes actúa esta lógica militar. En ella se atrinchera el manifiesto programático de: un tipo específico de inserción social, una organización política fundada en el sometimiento, un uso de las fuerzas productivas, la adopción de un pensamiento oficial, una versión de la historia y de la cultura, en fin un modo de producción de bienes materiales y simbólicos.

La normalización militar de la nación: ésta es la consigna que despliega la biografía. Pensemos en esos cuerpos corajudos que deben ser dominados y en ese lenguaje al que hay que aniquilar; ¿acaso no están metaforizando el grito de «subordinación y valor para servir a la patria»?

Sarmiento reforzó el retrato verbal del otro con el retrato fotográfico. Después de la batalla de Caucete, el gobernador hace fotografiar a las fuerzas chachistas; la imagen insiste en la versión que ha presentado. Documento para exportación, el sentido que diseña la imagen reduplica el mensaje verbal: sucios, mal vestidos y peor armados la fotografía dice que esos *no* son soldados. Si la vestimenta «traduce» los valores de una cultura, los que Sarmiento les da coincide con los harapos que cubren los cuerpos gauchos.

La imagen transportable asegura el adelgazamiento de las fronteras lingüísticas. La composición hecha para el mundo europeo transparenta el mensaje que se quiere transmitir: la homologación de las montoneras con la categoría de barbarie. La imagen es una síntesis que desborda significados; no es símbolo sino la presencia misma, la reproducción del concepto.

Hay un uso social que se agrega al objeto plasmado en la imagen. La fotografía recorta, reduce la totalidad humana a la apariencia exterior. El objeto seleccionado hace visible formaciones sociales anacrónicas que aún subsisten. En los puntos de intersección entre el pasado que se niega a desaparecer y el presente —ejército ataviado a la europea— surge el gesto que invalida las tradiciones montoneras.

Sarmiento presenta una tradición deformada, jibarizada a nivel de la vestimenta. El ejército nacional toma a cargo la segunda versión de la tradición guerrera. En estos cuerpos bien provistos encarna el mito del coraje gaucho: el cuerpo expuesto a las heridas es tema para la apología. No obstante hay en este ejército una ausencia: los cuerpos eclipsan el pensamiento. El ideal es un ejército de cuerpos que luchan dirigidos en sus fines por cabezas que piensan.

¹¹ La fórmula que encabezaba la correspondencia señalaba tres hitos históricos: «La Rioja, junio de 1848. Año 39 de la Libertad, 33 de la Independencia y 19 de la Confederación Argentina». Carta de Bustos al gobernador de San Juan, citada por Châvez, op. cit., p. 238.

La relación del cuerpo y del lenguaje del otro con las instituciones cabe en un esquema que tiende a despejar cualquier ambigüedad:

INSTITUCIONES

Esfera del otro		Esfera propia
cuerpo	lenguaje	pensamiento
descalificación-apología	descalificación-apología	apología
LEY DEL OTRO	LEY ESCRITA-DOCUMENTOS (constitución) (propios)	LEY NATURAL-RAZÓN (ajenos)

La cárcel del cuerpo

Hay en la biografía un interjuego de leyes que, recalando en el cuerpo o en el intelecto, ejemplifican los comportamientos sociales que definen la órbita de cada contendiente.

La ley consuetudinaria es para Sarmiento una ley bárbara. Sus acciones se cifran en la violencia practicada sobre el cuerpo propio o ajeno. Es la ley que impera en los hechos de sangre, en el juego, en el trato brutal con las mujeres y en las borracheras.

Oponiéndose a esta ley, existe la que emana de las instituciones. Identificada con la razón, provee el instrumento primero para la consolidación de un orden. Sin embargo, en el Chacho, Sarmiento introduce una diferencia axial en el concepto desde el momento en que la ley escrita, la constitución, no coincide con la razón. El viraje que convierte la constitución en letra muerta, sirve simultáneamente de estrategia de ataque contra el enemigo coyuntural, Mitre. Frente a una teorización desgajada de la realidad, el narrador esgrime un argumento que libera a su gobierno de toda culpa, que justifica la ejecución del caudillo: la racionalidad se asienta en el imperativo de un orden social que se fusiona aquí con el orden de la naturaleza.

En la escala de valores que pergeñan los relatos, el lugar supremo corresponde a la razón. Ese lugar subordina e indica cuáles son los lugares que competen a los demás integrantes del mundo textual.

Así sólo al cuerpo sometido a la razón se le denomina heroico. El atributo se gana por la relación de dependencia que mantiene el objeto respecto de su fundamento. Aun cuando el narrador hable del coraje físico que prevalece en la esfera del otro, el valor superlativo se encuentra siempre angostado por una sintaxis que alterna lo positivo con lo negativo. La contigüidad conmociona la apología mediante un elemento perteneciente al campo enemigo o al propio que nivela y relativiza. Los ejemplos se multiplican: el arrojado de Aldao en la lucha contra los españoles está atenuado por un comentario que conjetura intenciones oscuras del caudillo hacia su jefe; al cuerpo esquivo de Aldao que se fuga de la batalla opone la actitud valiente de Benavídez. En *Fa-*

cundo el programa racional atempera la heroicidad casi mítica del personaje; los gestos de generosidad de Quiroga hacen contrapeso a sus actos cruentos.

El género propone una alianza particular de formas políticas articulando dos de sus propiedades simbólicas: el cuerpo —emblema del adversario— entra en contacto con el intelecto —marca del grupo propio—. El partido unitario, la cultura, incorpora a la naturaleza con rango de soldado raso. Toda una galería de personajes —Navarro, Barcala, Sandes— puntualizan las variantes y matices tolerables para permanecer en esta esfera.

En Sarmiento los principios abstractos tienen siempre un momento de epifanía. El fenómeno ejemplifica el concepto al tiempo que reclama un espacio geográfico sobre el cual desarrollarse y del cual tomar sentido. El concepto necesita de una exterioridad y de una exteriorización. Profundamente didáctica, la biografía de la barbarie transita la vida de los caudillos señalando etapas, cambios y defecciones que anticipan el destino final de cada uno; el desenlace se desprende como consecuencia lógica de las pistas salpicadas aquí y allá.

Literalmente, lo abstracto se corporiza: la ley del otro se posesiona de un cuerpo que protagoniza la aventura singular del predicativo. El cuerpo pleno (Aldao = soldado de San Martín) o el cuerpo decadente (Aldao = caudillo) une su suerte a la opción política.

En íntimo acuerdo con la ley gaúcha, el género muestra que sacar el cuerpo cierra la etapa de la vida pública e inicia el período de decadencia. La degradación física y moral de Aldao se acelera a partir del instante de la desertión (de la institución pero también del campo de batalla).

La transgresión a las leyes acarrea penas que repercuten directamente sobre el cuerpo. El cuerpo es un espectáculo que exhibe los castigos o las recompensas. Luego del primer gesto común que es la transgresión, los textos individualizan por medio del tratamiento de los cuerpos y la distribución de las penalidades. El género no sólo descubre al culpable; formula también otras preguntas: ¿en qué consiste la transgresión?, ¿en qué campo de la realidad inscribirla?, ¿dónde están las causas del crimen?, ¿qué medidas tomar para que el delito no se extienda?

En las muertes se delinea un sistema punitivo; una notable gama de significados une la muerte con los actos de la vida. En ella se aplica una sentencia —en un doble sentido, refrán y castigo—: así como se vive, se muere.

El elemento de enlace es la sangre derramada. La biografía interroga cómo y dónde se derrama. Los espacios de la muerte construyen los sentidos de la muerte. La división en espacios privados y públicos distribuye los sentidos: a cada uno la muerte merecida. El espacio no funciona como escenografía neutra, trasfondo sobre el que destaca el sujeto; por el contrario el espacio dictamina el valor.

Sandes perece a causa de las heridas recibidas en el puesto de soldado. Su muerte comienza en ese espacio público que congrega a los iguales.

Facundo es asesinado en el trayecto entre Córdoba y Buenos Aires. El camino interrumpido por la bala tiene su correlato en el proyecto político que el texto atribuye al caudillo: Facundo se queda a mitad de camino. El espectáculo de su cuerpo sacrifica-

do es análogo al proyecto abortado porque se había convertido en «el centro de una nueva tentativa de organizar la república».¹²

Barranca-Yaco es el espacio anónimo de la traición. En la ley del gaucho la traición reclama la venganza. En rigor, esta ley es la que adopta la biografía poniéndola en manos de la sociedad o de un poder trascendente. En cualquier caso, la ley gaucha es la que prima en el final de los caudillos. Facundo traiciona dos veces: deserta primero del ejército, abandona luego la causa federal.¹³ A pesar de que el texto exalta de manera explícita al Facundo urbano, confiesa también la vigencia de la ley de la venganza: no se puede traicionar sin riesgo de acabar traicionando.

La narración urde los motivos de la venganza: Quiroga, metamorfoseado en cuerpo y pensamiento, invade un espacio en el que reina un igual. Dos espacios deciden el final de Facundo: Buenos Aires preludia a Barranca-Yaco. Si la ciudad es lugar de las transformaciones opera también como arquitectura articulada para vigilar. En ella el individuo está circunscripto; siempre hay alguien que ve al forastero. En este sentido la ciudad es lo contrario de la pampa: enormidad imposible de ser abarcada por la vista. En Buenos Aires es posible seguir los pasos del sujeto: es difícil que alguien se sustraiga a la mirada en una ciudad pero la geografía donde se desplazan los caudillos es móvil, y por esto son inasibles.

La ciudad es como un cuerpo que le impone al caudillo sus límites. Buenos Aires se internaliza en Facundo haciendo de él un rival. Rosas, el Restaurador de las Leyes, viola la ley propia mandando matar.

Los cuerpos bañados en sangre, mutilados, dramatizan el triunfo de la justicia. Justicia divina en el caso de Aldao: «¡Sangre! ¡Sangre! He aquí la única reparación que la Providencia ha dado a esos malaventurados pueblos cuya sangre él derramó tan sin medida; morir derramando su propia sangre [...]».¹⁴ El espacio privado en que muere Aldao señala la cobardía del que abandona su puesto; en un tono fatalista la narración concibe la enfermedad como castigo justo a los crímenes. El objetivo sublimado cliva el abismo que separa la sangre del ex fraile de la sangre del coronel Sandes que expira «cuando la sangre que no había derramado ya no pudo circular por aquellos canales rotos y mal remendados por las cicatrices».¹⁵

Sarmiento construye su práctica literaria en la conexión y alternancia de dos leyes: la ley positiva y la ley consuetudinaria. En los relatos de las muertes de los caudillos domina una apología de la venganza. Contra la regulación de la ley positiva, la venganza opera como foco que denuncia la presencia de la otra ley. Esta ley que propicia la venganza es llamada por el narrador «justicia»; entonces, si la venganza pasa a ser

¹² Facundo, p. 191.

¹³ Sarmiento subraya un cambio ideológico en Facundo. Sin embargo, de la correspondencia de Quiroga se desprende la fidelidad a un pensamiento. Escribe a Rosas en 1832: «¡Usted sabe, porque se lo he dicho varias veces, que no soy federal, soy unitario por convencimiento pero sí con la diferencia de que mi opinión es muy humilde y que yo respeto demasiado la de los pueblos constantemente pronunciada por el sistema de gobierno Federal [...]». E. Barba (comp.), «Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López». *Hispanamérica*. Biblioteca argentina de historia y política, n.º 55. Buenos Aires, 1986. p. 68.

¹⁴ D.F. Sarmiento, *El general fray Félix Aldao*, O. C., t. VII, p. 279.

¹⁵ *El Chacho*, p. 349.

sinónimo de la justicia, la ley gaucha amordaza a la otra ley. Aunque la biografía se empeñe en localizar los crímenes para justificar los desenlaces, la ley del otro termina por imponerse descubriendo su presencia viva en el centro mismo de la escritura. La fuerza que tiene esa ley entrampa al sujeto de la enunciación. Desde ese lugar privilegiado, la ley del otro anuncia su capacidad de resistir cualquier intento de un espíritu modernizador que pretenda socavarla.

Si la providencia lleva a cabo en el cuerpo de Aldao la venganza que la sociedad no puede concretar, es la sociedad la que va a castigar al Chacho a través del brazo armado de Irrazábal. La biografía apela a una cantidad de fundamentaciones: hace sinónimos conceptos que no lo son igualando, por ejemplo, desobediencia con crimen; cambia el estatuto del personaje: de general —estatuto militar— a bandido —estatuto jurídico—; identifica órdenes —el orden social es igual al orden natural—; invoca una razón de Estado.

El castigo de Peñaloza debe contemplarse desde la táctica política. En su pena se unen dos legalidades: a la vieja legalidad del castigo como sufrimiento corporal se suma la legalidad del castigo como suspensión de los derechos.¹⁶

La cabeza del Chacho expuesta en la plaza pública significa la humillación para el condenado y un espectáculo ejemplar para el pueblo. Cada uno se siente identificado con ese cuerpo mutilado: la pena disuade y pulveriza el origen del disturbio. Bien dice Valéry que cuando la sociedad corta una cabeza cree cortar la causa primera que anida en ella.

Si el narrador se demora en otros casos en describir los cuerpos heridos o corruptos, liquida rápidamente el relato de la muerte del riojano: «Llegado el mayor Irrazábal, mandó ejecutarlo en el acto y clavar su cabeza en un poste, como es de forma en la ejecución de salteadores, puesto en medio de la plaza de Olta, donde quedó por ocho días». ¹⁷ En el pasaje el énfasis no recae sobre el acto violento de la ejecución sino que se desplaza hacia la calidad del condenado. La escritura argumenta: el cuerpo del caudillo está inmerso en otro cuerpo, el cuerpo social y es este cuerpo el que marca al otro, lo diferencia e individualiza con la mutilación.

La cabeza expuesta a la podredumbre: parte del cuerpo que identifica pero también parte que piensa. Si los robos del Chacho son irredimibles —los historiadores y los contemporáneos aseveran que Peñaloza no saqueaba— es sobre todo porque ha robado el lenguaje del oponente. La cabeza se constituye en símbolo máximo del error: una cabeza corrupta debe albergar un pensamiento distorsionado. En rigor, los robos provienen del narrador: robo del rango —en una sociedad estratificada el rango marca la diferencia—; escamoteo del cuerpo. Presentado como gaucho atípico —física y también moralmente— Peñaloza saca el cuerpo y burla permanentemente al enemigo. En

¹⁶ En ocasiones la teoría de la «guerra de policía» entra en contradicción con el reconocimiento de un estado de guerra civil: «Durante la guerra todos los Estados amenazados, los leales y los rebeldes, estuvieron bajo la exclusiva jurisdicción de los comandantes generales de los distritos militares, con suspensión de la jurisdicción de las cortes ordinarias, ya federales, ya de Estado, en todo crimen que a la tranquilidad pública afectase [...]». El Chacho, p. 381.

¹⁷ Op. cit., p. 371.

la biografía Sandes toma a cargo la violencia del cuerpo. El deslizamiento proporciona la estrategia que sirve para ocultar el cadáver del caudillo.

A veces el narrador calla para poner en boca de personajes circunstanciales el funcionamiento de la ley gaucha. Las armas usadas para matar lejos de ser equivalentes cargan de sentido el castigo: Santos Pérez usa un arma de fuego; al secretario lo traspasa una espada pero el niño que integra la comitiva de Facundo es degollado. La culpa de los mayores recae en la descendencia; el maestro de posta le explica al doctor Ortiz la inclusión del niño entre los condenados: «Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... a quién mandaré? ¡a hacerlo morir inocentemente!»¹⁸ Esta ley discrimina formas de castigo y armas nobles o innobles para matar.

En la biografía de la barbarie las formas de morir restituyen justicia. La afirmación de un poder superior atraviesa los textos. Pero la ley que restablece el orden violentado acciona una violencia potenciada sobre los cuerpos de los culpables.¹⁹

Un lenguaje confuso

Es tarea de la biografía normalizar las vidas relatadas. El género compara, distingue y jerarquiza a los cuerpos gauchos. El otro se constituye como sujeto por marcas corporales que lo singularizan. Pero también se construye en el uso de un lenguaje «desviado», no conforme con la norma o la ley.

El cuerpo es el gran tópico de la biografía; el lenguaje, el detalle. Sin embargo, en este elemento late el peligro porque si un sistema disciplinario puede someter los cuerpos por la voluntad o la fuerza, no sucede lo mismo con el lenguaje. Corregir para impugnar: tal es el gesto narrativo que reinterpreta el lenguaje del adversario para despojarlo de cualquier semejanza con la lengua propia.

El trabajo sobre la diferencia encierra las variaciones que habitan en los cuerpos, materiales disponibles para un uso político. Pero frente al lenguaje del enemigo, la escritura trama compulsivamente una homogeneización de los discursos. Nada mejor que unificar para hacer desaparecer todo resto de ambigüedad.

Si se adopta un juego de inclusiones y exclusiones para ubicar a los cuerpos, se prefiere la corrección y consiguiente exclusión en el dominio de la lengua. Cada elemento requiere un tratamiento distinto: la materia moldeable de los cuerpos puede suprimir fronteras y comunicar los términos antagónicos pero el lenguaje del adversario está aislado. La palabra del otro es una palabra sin territorio, sin arraigo y sin legalidad. El

¹⁸ Facundo, p. 198.

¹⁹ Si para los unitarios la negativa de la sociedad gaucha a adoptar sus reglas constituía un acto de rebelión, del otro lado se escuchan argumentos semejantes. En 1842 se rechaza la renuncia de Rosas invocando la necesidad de orden. Un conflicto reiterado: cada orden considera al otro el caos y la violencia: «El ocio, la vagancia, la insubordinación en el hogar doméstico, el fraude, el hurto, el asesinato, la profanación y el sacrilegio, el feroz libertinaje se mostraron insolentes en todas partes». Citado por Rodríguez Molas, Historia social del gaucho, C.E.A.L., Capítulo, Biblioteca argentina fundamental, Serie complementaria: Sociedad y cultura, n.º 11, Buenos Aires, p. 161.

procedimiento borra la inscripción social de la lengua enemiga. El otro, para Sarmiento, habla un lenguaje a institucional: «A falta de gobierno, de legislaturas, de diarios, de manifiestos que explicasen el objeto y los medios de conseguir la proyectada subversión, un comandante de fuerzas en San Luis recibió la siguiente carta del Chacho, que por la torpeza del lenguaje y lo embrollado de lo que quisiera que expresase las ideas, muestra suficientemente el origen y los elementos de aquella perturbación».²⁰ En síntesis, un lenguaje que carece en su enunciación de aparato político. La denostación progresa hasta culminar en un intercambio de valores: lo informe es lo anormal. El género estrecha las distancias entre ambas nociones que se implican al punto de difuminar toda diferencia.

A algunos cuerpos se los somete; a otros se los liquida. La represión va más contra el pensamiento que contra el cuerpo; o mejor, contra el cuerpo que piensa. Sarmiento califica al pensamiento de Rosas con un atributo de tipo moral —pensamiento abyecto— pero la reflexión toma en Peñaloza valoraciones de tipo lógico-formal: sus ideas son poco claras, caóticas.

Cuando aparece en el otro, el pensamiento conserva el estatuto doble: es correcto mientras usa el sistema que le presta el narrador; mientras se mantiene subordinado a la otra cultura. Pero no bien el otro se libera de los vínculos que lo tienen atado, entonces, habla un lenguaje tergiversado.

Callo y doy la palabra al Chacho: «Es por esto, Sr. Presidente, que los pueblos cansados de una dominación despótica y arbitraria, se han propuesto hacerse justicia, y los hombres todos, no teniendo más ya qué perder que la existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes y sus más caros intereses atropellados vilmente por los perjuros».²¹

Las voces de los caudillos repiten una y otra vez los universales en los que insiste el discurso de la otra cultura: patria, libertad, organización, constitución, ley. ¿Cómo hacer ilegítimo el lenguaje del otro si las palabras se confunden? ¿Cómo arrancarle a ese discurso ajeno los baluartes de los que se ha apropiado? Habrá que minar el interior de esa lengua, sofocar sus contenidos con argumentos sintácticos u ortográficos, esconder la semántica, explicar su alteración originaria. Habrá que negarle racionalidad²² u obstinarse en descubrir segundas intenciones: Rosas, la especulación al servicio del crimen.

La biografía incluye la lengua del oponente —cartas de Peñaloza y de Facundo, el testamento de Aldao— y la analiza. Examinando su estructura concluye que esa palabra es el lugar de emergencia de la confusión. Un lenguaje privado de su función comunicativa, que no transporta ninguna información ni despliega ideal alguno. A esa palabra carente se contrapone una palabra plena, bien conformada. Pero la lucha no

²⁰ El Chacho, p. 319.

²¹ Citado por de la Vega Díaz, op. cit.

²² Sarmiento no pone en duda la autenticidad de la palabra de Facundo pero argumenta de manera similar en lo que respecta a su claridad: «La incorrección del lenguaje, la incoherencia de las ideas, y el empleo de voces que significan otra cosa que lo que se propone expresar en ellas o muestran la confusión o el estado embrionario de las ideas, revelan en estas proclamas el alma ruda aún [...]», Facundo, p. 256.

será en torno a los sentidos sino a las reglas gramaticales. Sarmiento académico pega su discurso y cuestiona con ademán pedagógico los errores de redacción.

La rebelión de los caudillos contra las instituciones, contra las leyes de la razón y el orden se transforma en desconocimiento lingüístico. De manera similar y porque en el lenguaje se nota la procedencia, el narrador exhibe su competencia lingüística que es competencia jurídica: «La palabra outlaw, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal».²³

El narrador traduce literalmente la palabra y la ley del modelo —Norteamérica—. Pero cuando focaliza el lenguaje del enemigo olvida el principio de fidelidad y se inclina por la traducción libre. Orientada hacia el discurso del otro, la palabra propia intensifica su poder de veto: si por un lado le niega al otro la racionalidad, por otro una operación de desciframiento concluye en la certidumbre de que el caudillo no es el verdadero dueño de ese lenguaje. El desconocimiento de la *autoría* suponiendo otro autor distinto del que firma, apunta a destituir al oponente como origen de los significantes universales.

El narrador reclama para su cultura la propiedad y el uso de los universales. Pero todo planteo sobre el origen supone el empeño en ligar algún elemento del presente con un comienzo del que sería tributario; implica considerarse heredero de alguna tradición. Así en la biografía hay dos herederos de dos tradiciones: el narrador recoge la razón, las consignas de Mayo; el otro retiene el legado del conquistador; es causa primera no de la razón sino de la violencia.

Los universales forman parte de los bienes simbólicos transmitidos. Desde una concepción clasista, el género decide que ese legado no puede pertenecer al patrimonio del otro. Cuando el caudillo usa los universales lo hará de modo desviado o se lo acusará de robo.

El dato biográfico de que el Chacho era casi iletrado sirve a Sarmiento para explicar las «anomalías» que descubre en su lenguaje. Porque el caudillo no sabe leer ni escribir otro escribe por él y al hacerlo inventa los contenidos. El comentario respecto del adjetivo «venturoso» (¡Borges!) delata su pertenencia a otra cultura, la del amanuense pero también la de Rivadavia: «El adjetivo venturoso no entra en la común parlanza de la gente llana. Rivadavia en sus conversaciones, se extasiaba al arrullo de la esperanza en el venturoso porvenir que aguardaba al país. Sus enemigos hicieron de esta frase un apodo del ridículo».²⁴

A esta figura del amanuense como intérprete de la palabra del otro, se superpone la del narrador-intérprete que cuestiona la apropiación de los universales: dueño del discurso y de los sujetos por él constituidos restituye los significantes a su órbita de procedencia.

²³ El Chacho, p. 374.

²⁴ Op. cit., p. 313.

La relación entre lengua y sociedad se da en determinados tipos de contenidos; los enunciados orientados hacia los intereses colectivos inscriben la lengua en el campo social; por el contrario quedan fuera de él aquellos enunciados que expresan intereses individuales. La palabra oral del otro recogida en las voces conjeturales de Facundo y Aldao habla siempre la lengua material del cuerpo, una lengua centrada en la preocupación por el dinero, los apetitos personales y las venganzas mezquinas.

La escritura no pierde de vista en ningún momento la necesidad de desposeer al otro. ¿En qué consiste este trabajo de desposesión? Es una práctica de descontextualización y de puesta en duda. Los textos extraen fragmentos de los documentos, los interrogan retóricamente, los valoran y les ponen comillas. El uso de las comillas distancia al discurso ajeno transformándolo en objeto de sospecha. Al mismo tiempo denuncia el plagio. Plagio distorsionado. La biografía insiste en prohibir al otro la utilización de los universales.

Toda lógica binaria es jerárquica; esta lógica que afecta al plano del lenguaje y que permite la exclusión de un término se sobreimprime a la lógica distributiva que opera en el plano del cuerpo, especie de rejilla en la que se reparten lo útil y lo inútil.

El género antropomorfiza en pares complementarios que se contraponen —lenguaje adulterado/cuerpo *versus* lenguaje correcto/pensamiento— fenómenos que pertenecen al campo de la economía, de la política, de la cultura, de la jurisprudencia y de las relaciones sociales. Lo notable es que Sarmiento concibe el lenguaje como elemento conector entre los dos campos, como instancia mediadora que posibilita o dificulta el acceso al orden liberal.

Dos concepciones del lenguaje: la primera fusiona la lengua propia con la ley y la razón; la segunda oscila entre la aceptación o la exclusión de acuerdo con las relaciones de subordinación o autonomía que accione el lenguaje enemigo para ingresar en la otra cultura o mantenerse al margen de ella.

El fin

La biografía de la barbarie es la apuesta literaria de una de las consignas básicas del programa político de Sarmiento: la sumisión del enemigo. El modo de la investigación que permite rastrear las pistas hasta llegar al momento del acto delictivo, justifica la represión desatada sobre el otro.

La biografía muestra su deuda con el iluminismo y las doctrinas rousseauianas en un punto crucial: desertar de las instituciones implica quebrar el contrato social. En la concepción de Sarmiento, los caudillos desandan la historia: si el contrato social transforma la naturaleza corrupta en la existencia moral del ciudadano, su ruptura retrotrae a la sociedad a estadios primitivos.

La doctrina del contrato social y el derecho natural funcionan como apoyaturas implícitas para desplazar el problema político-cultural hacia el campo legal. En virtud de una apelación al derecho natural, el género niega la legitimidad de la otra ley.

Los textos enfrentan dos leyes deformadas en sus fundamentos: conciben a la ley propia como ley natural y a la ley del adversario como no-ley. En este sentido, propician una

interpretación peculiar del conflicto entre poderes: se transforma en una lucha desigual entre la preservación de los derechos inalienables y la defensa de un aparato delictivo.

Sarmiento es maestro no en el plano pedagógico sino en el dominio de la lengua; sabe a la perfección cómo constituir una escritura eficaz, sabe disolver los conceptos teóricos en lo material y servirse de ellos en la praxis política. Los naturalistas sostienen que sólo el poder político concreta el orden natural, que no existe sociedad separada del Estado. La biografía va en esta dirección: al identificar orden social con orden natural, se interroga y propone soluciones concretas para constituir un poder político que restaure el orden perturbado.

Para sujetar al contrario, Sarmiento opta no por leyes escritas sino por dos instituciones, anteriores al Estado. Su concepción iusfilosófica se ubica en un punto temporal anterior a la ley positiva, en una esfera que la trasciende y compete a una autoridad casi divina. Desde este lugar escribe las biografías. Emanación de esta instancia, la ley que encarna en la biografía queda fuera de la jurisdicción humana. Desde ese lugar privilegiado puede dictaminar los castigos.

El gesto de modernizar el concepto de trascendencia invocando el consenso de la sociedad no borra el sesgo autoritario y excluyente de su pensamiento. El reclamo de la razón es más bien apelación a una razón de Estado en la medida en que argumentando el interés común se arroga el derecho de sortear ciertos «escollos formales», entre ellos la Constitución nacional.

Pero esta razón desemboca en una ley del talión que entrapa al narrador, lo corre de su puesto de luchador por el progreso y lo sitúa en el rol de remozador de sistemas legales primitivos: «Las sociedades humanas tienen el derecho de existir y cuando las organizaciones que establecen para castigar los crímenes son ineficaces, el pueblo suple a la falta de jueces en un país despoblado».²⁵

La noción de razón convoca una trama de significados: orden, justicia y rectitud. Cuando Sarmiento ataca a los caudillos tachándolos de irracionales dice que ellos son la anarquía, la arbitrariedad y el error. El círculo se cierra al identificar razón con voluntad general: la rebelión va contra la sociedad entera y contra la naturaleza.

Cuando la razón pasa de fundamento teórico a acción concreta se traduce en virtudes públicas. Toda una galería de personajes virtuosos desfila por la biografía, personajes reclutados entre los iguales. Sin embargo, los textos reparten virtudes también para el otro, sea el otro enemigo o el otro incorporado a la esfera propia: Sandes, Navarro, Barcala, Lamadrid.

La diferencia esencial radica en el hecho de que las virtudes reconocidas a los caudillos no superan la esfera privada —exceptuó a Facundo, como contracara de Rosas— mientras que las acciones del otro sometido trascienden a la esfera pública y redundan en beneficio de la comunidad.

En esta dirección la biografía funciona como agente publicitario de las instituciones. Hay siempre un factor externo —poder, o ejército— que transmite al caudillo la virtud: «El poder educa, y Quiroga tenía todas las altas dotes del espíritu que permiten

²⁵ Op. cit., p. 377.

a un hombre corresponder siempre a su nueva posición por encumbrada que sea».²⁶ Filtrada por la acción personal, esta virtud retorna a la esfera de la que ha nacido. De manera similar, lo privado se confunde a menudo con lo que está inscripto en la naturaleza y conduce al desastre. A Facundo «la falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror [...] lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente».²⁷

Los textos distribuyen muchos vicios y pocas virtudes. Elaboran distintas versiones del otro y lo configuran apoyándose en uno o dos atributos. Facundo es frecuentemente el caudillo y a veces el gaucho valiente; la biografía da una versión moral y política del personaje que continúa sin grandes cambios la imagen desplegada en el ciclo folclórico. Rosas, aunque en alguna ocasión se le llama bandido, ostenta el título de enemigo político; el género diseña una versión moral, política y económica. Aldao, fraile y general, la oposición en el interior del personaje; la versión moral, individual y doméstica dibujan su figura. Pero para el Chacho sólo existe el mote de bandido. Porque la existencia del insurgente supone más que la violación de la ley, la rebelión total, el enfoque se centra en el aspecto moral y jurídico.

Versión contra versión: las leyendas y cantares populares transforman a Peñaloza en defensor social y político. El arraigo en la sociedad se percibe bajo la forma de la supervivencia. Si su muerte es el fin de la esperanza la leyenda corrige el destino, le regala al riojano la inmortalidad.

Diz que Peñaloza ha muerto
Yo digo que así será...
¡No se descuiden salvajes
No vaya a resucitar!

Sarmiento señaló en muchas oportunidades la adhesión espontánea que despertaban los caudillos en las masas campesinas y advirtió con lucidez que esa adhesión se debía más a los valores que encarnaban que a causas teóricas. Estas cuestiones teóricas las desarrolla el género reubicando a los líderes gauchos en el seno de la sociedad, arrinconando el peso político y económico que aglutinan sus figuras.

Cuando Hobsbawn define al bandido, sus palabras concuerdan asombrosamente con las de Sarmiento: «No se trata tanto de rebeldes sociales o políticos, ni mucho menos de revolucionarios, como de campesinos que se niegan a someterse y al hacerlo se ponen en cabeza de sus compañeros o incluso más simplemente de hombres que se encuentran excluidos de la trayectoria normal de su gente y que, por tanto, se ven forzados a quedar fuera de la ley y a caer en la "delincuencia"».²⁸

La palabra como arma. Lanzada contra el adversario oculta en sus pliegues las motivaciones ideológicas. ¡Bandido!²⁹ La acusación no la acuña Sarmiento; es usada inclu-

²⁶ Facundo, p. 189.

²⁷ Op. cit., p. 191.

²⁸ E.J. Hobsbawn, *Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 20.

²⁹ Hay un momento de quiebra en la imagen que el texto dibuja de Peñaloza. El gaucho atípico moral y físicamente se cruza con una visión épica: «Desde ese día principia el acto más heroico, más romanesco que las crónicas de la montonera, tan intangible, tan rápida y fugaz recuerdan. Alguna cualidad verdadera».

so por Sandes que llama a Peñaloza el «general bandido»,³⁰ curioso oximoron que condensa las contradicciones expandidas en la sociedad.

La biografía de la barbarie que apunta al sometimiento total del otro pone en movimiento una palabra descalificadora. Como contrapartida, la palabra gaucha exhibe el deseo de restaurar un orden signado por ideales de justicia y libertad.

Pero a esta altura el rastreador puede estar satisfecho: las huellas lingüísticas y corporales le han permitido cercar al enemigo.

Adriana Rodríguez Pérsico



Carlos Enrique Pellegrini: *La media caña*

mente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucha, si no era nativa estolidez, como la terquedad brutal que a veces pasa plaza de constancia heroica», El Chacho, p. 345.

³⁰ *En carta del 12 de marzo de 1862 dirigida al coronel Rivas, Sandes, reitera el apelativo oficial: «[...] me puse en marcha sobre el bandido Peñaloza [...] y no debiendo demorar un solo momento para darle alcance, seguí la marcha incontinenti por el camino que llevaba al general bandido». Citado por J. Victorica, Urquiza y Mitre, *Hyspamérica, Biblioteca argentina de historia y política*, n.º 30, Buenos Aires, 1986, página 224.*